

EL TRABAJO DE PREPARACIÓN DE LA DISERTACIÓN

¿Cómo proceder para tratar un tema? Teniendo en mente los peligros y principios de la disertación, se trata de familiarizarse con un método que conlleva procedimientos y reglas de actuación: el trabajo preparatorio resulta, en todos los aspectos, decisivo.

1. PELIGROS Y PRINCIPIOS DE ACTUACIÓN

PELIGROS

Como todos los ejercicios mentales, la disertación conlleva peligros que amenazan el rigor y la calidad de la interrogación filosófica. Inventariarlos del modo más exhaustivo posible permitirá realizar mejor el trabajo preparatorio ulterior.

Salirse de tema es uno de los riesgos más frecuentes. Consiste en redactar una disertación sobre un tema afín o radicalmente diferente del que se ofrece implícitamente a la reflexión, es decir, reflexionar saliéndose del problema en cuestión: el examinando puede ser víctima de una salida del tema parcial y limitada (v.gr. se apercibe en la introducción de la problemática pero se evade de ella en el desarrollo posterior) o bien se sumerge en el fuera del tema más absoluto v.gr. se le pregunta por la idea y trata pura y simplemente del concepto).

Las causas de estas salidas de tema son múltiples: la primera –que se encuentra en el origen de las demás-, ¿no será el miedo a pensar por uno mismo, llevar a cabo una estrategia personal, tomar la palabra en otros términos, atreverse pensar? Tengamos el valor, dice Kant, de servirnos de nuestro propio entendimiento. No utilizarlo en absoluto es, en efecto, en este caso determinado, correr el riesgo de salirnos completamente del tema, prefiriendo las generalidades a un enunciado preciso, negándonos a ver en la disertación el discurso de un sujeto en particular.

Como escribe Kant en Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración? (Filosofía de la Historia. Madrid: FCE, 1985, PP.25-26): “¡Es tan fácil ser apocado! Si tengo un libro que sustituye a mi entendimiento, un director que hace las veces de mi conciencia, un médico que decide en mi lugar sobre mi régimen, etc., no tengo

verdadera necesidad de molestarme. No tengo necesidad de pensar”. Es precisamente, por tanto, ponerse en guardia para no eludir la novedad de cada enunciado mediante una lectura superficial, inexacta y timorata que nos saque del tema.

La segunda causa de la salida del tema –que puede ser resultado, evidentemente, de la primera- es una insuficiente elucidación de los términos o conceptos, la carencia de un análisis en profundidad.

La tercera causa de salirse del tema –igualmente provocada por el miedo a pensar por uno mismo- es la incapacidad para discernir la problemática real y despejar el problema esencial. La recitación pasiva reemplaza entonces al dominio de la problemática. El examinando se desvía hacia otro problema, incluso hacia otro tema.

En dos palabras, las salidas de tema provienen generalmente del miedo a lo desconocido y del rechazo a la hora de aportar una visión nueva y personal sobre una cuestión novedosa.

Ofrecemos aquí algunos consejos prácticos:

- Leer con atención el tema. No ponerse a redactar directamente antes de realizar un examen atento y de proceder a una lectura en profundidad de cada término, estableciendo una clara secuencia de conceptos, lectura que será a la vez analítica y sintética, destinada a captar los términos en sus relaciones mutuas. Los términos y expresiones adquieren sentido, en efecto, en relación de unos con otros. Este esclarecimiento “dialéctico” permite no salirse del tema.
- Discernir adecuadamente el problema particular suscitado por los conceptos en juego. No preferir lo general a lo particular. Rechazar toda ampliación del tema, que lo haría demasiado vasto y extenso, etc. Es útil pensar la estrategia y realizar un breve esquema a modo de borrador. Esta negativa a la ampliación resulta decisiva para una buena conducción de la disertación así como para no salirse del tema.
- Desconfiar de los paréntesis y digresiones. Rompen la unidad del tema y llevan desagradablemente al lector por caminos y senderos que resultan completamente innecesarios. Un tema implica otro: de ahí el peligro a salirse del tema propuesto.

- Preferir la reflexión atenta y personal a las trampas de una redacción pasiva: huir del desfile de conocimientos, la historia de la filosofía en cuanto tal, etc.

La falta de rigor y de coherencia. La ausencia de un verdadero orden en la reflexión es otro defecto muy extendido. El lector se encuentra con una amalgama donde esperaba encontrar una unidad, un conjunto de opiniones en vez de una idea directriz lógica y coherente. Se echa de menos el rigor a la hora de interrogar. Un ensamblaje de fragmentos sin que medie un verdadero análisis ni una demostración rigurosa: con esto se encuentra el corrector del ejercicio.

Algunas reglas permitirán sortear este escollo:

- Profundizar en el trabajo preparatorio de forma que se establezcan puntos de anclaje lógicos muy sólidos. La riqueza del trabajo preparatorio condiciona la aparición de un verdadero planteamiento y permite así evitar una segmentación arbitraria o una amalgama incoherente.
- Elaborar correctamente durante el trabajo preparatorio una idea directriz que le dará unidad y rigor al conjunto del ejercicio. Esta idea proporcionará un itinerario rector, un hilo lógico. Debe aparecer en la introducción, explicitarse durante todo el desarrollo y afirmarse en la conclusión. La idea designa entonces, en esta perspectiva, un principio de orden y de claridad. Gracias a ella, la argumentación y la discusión poseen un comienzo, un desarrollo y una conclusión. Es la idea encarnada en el conjunto del ejercicio: se aconseja construirla escrupulosamente para escapar de la amalgama y conseguir rigor y coherencia.

El análisis parcial. Uno de los fallos más corrientes, más manifiestos en muchas disertaciones de los estudiantes es, ciertamente, la tendencia a privilegiar un solo tipo de análisis y de respuesta y ceñirse a él de modo parcial y unilateral.

Sea el tema: ¿Ser libre es aceptar la necesidad?. Un tipo de respuesta tan unilateral como parcial que reduce la pregunta y el problema a una sola dimensión podría ser el siguiente: ser libre, es aceptar la necesidad –lo que no puede no ser- y el orden de las cosas. El estudiante, al dar esta respuesta unilateral, ignora con ello la riqueza de la problemática y se desvincula del tema de la libertad definida como espontaneidad irreflexiva (y, por consiguiente, muy alejada de la aceptación de la necesidad): Desde esta perspectiva,

se da pues una sola respuesta (positiva) a la cuestión planteada. El estudiante se evade así de la pluralidad de soluciones o de respuestas, privilegia un único elemento demostrativo (análisis de Hegel, Engels, etc.) muestra su ceguera para el sentido global de la demostración.

De hecho, la cuestión planteada reclama una problemática sintética. Uno de los mayores peligros consiste en examinar tan solo un tipo de solución. Ahora bien, esto es olvidar que una disertación filosófica representa un itinerario dinámico, global, un conjunto de argumentaciones complejas. Responder mediante un solo tipo de análisis es empobrecer la problemática y operar desde un punto de vista reduccionista. Es, en cierto sentido, ocultar la riqueza de la vida y de la reflexión. La disertación filosófica debe escaparse de cualquier punto de vista unilateral o parcial, de cualquier análisis que privilegie una sola dimensión de la cuestión y del problema. El punto de vista demasiado particular reprime la pluralidad de perspectivas y el dinamismo de la existencia.

¿Cómo escapar de la unilateralidad?

- Proceder exprimiendo y profundizando al máximo el enunciado del tema. Analizar cada término en su riqueza y diversidad.
- Explorar la problemática sin “ahogar” el tema a priori: ante todo, hay que ir en múltiples direcciones (sin, no obstante, salirse del tema).

El análisis superficial. Si el análisis parcial sólo examina una dimensión del tema, el trabajo superficial trata de todo y de nada a la vez. No profundiza en ningún tema. Permanece en una visión plana, no cavilada ni conceptualizada. No hay ningún pensamiento en acto, sino una discusión que se estira sin profundizar.

¿Cómo evitar este peligro?

- Mediante un análisis conceptual sistemático que inventariará las diferentes y ricas significaciones de los términos y conducirá a buen puerto el complejo trabajo de definición de los conceptos: lo que permite evitar la superficialidad es la profundización conceptual.
- Rechazando la avalancha inexpresiva de ejemplos y de falsas ilustraciones concretas.
- Reprimiendo las redundancias excesivas.
- Descartando el rellenar desordenadamente (y, por tanto, superficial).

Jerga y pedantería. El estudiante, olvidando que filosofar consiste en ejercitar el talento de la razón con la ayuda de conceptos bien definidos, en cuestionar con claridad lo real, recurre en este caso a un lenguaje pretencioso. Ahora bien, la oscuridad no es en absoluto un promesa de profundidad ni la jerga una señal de saber. Muy al contrario, la claridad representa siempre una esperanza de éxito. Aprender a definir claramente una problemática filosófica es el objetivo que hay que conseguir.

Desde esta perspectiva, la claridad no es antifilosófica y las ventajas de un lenguaje claro son –contrariamente a lo que muchos estudiantes creen- absolutamente evidentes en la materia. En lo referente al vocabulario técnico propiamente dicho, no debe significar jerga en ningún caso, sino exigencia de verdadera claridad y delimitación precisa de los conceptos.

¿Qué hacer para escapar a este hermetismo absurdo que esconde la carencia de significado? He aquí algunas reglas elementales:

- No utilizar un concepto o término filosófico más que si se es capaz de definirlo uno mismo con la mayor precisión.
- Construir, para uso propio, un pequeño vocabulario personal que permita navegar a través de la terminología filosófica. Que “trascendente”, “reducción eidética”, etc., figuren en este vocabulario como herramientas de investigación perfectamente clarificadas.
- Aprender a expresar las grandes doctrinas en términos y conceptos nítidos. Si la Crítica de la razón pura supone para el estudiante una arquitectura y un contenido tan ricos como accesibles es que está en el buen camino.
- Rechazar toda alusión en cuanto tal, sin una clarificación real. Demasiadas alusiones eruditas, sin explicitación, perjudican la pertinencia de la demostración. Si la alusión está adaptada al tema, entonces hay que clarificar su sentido para que se torne una parte necesaria de la demostración y se integre en ella plenamente. En caso contrario, hay que descartarla. Proceder mediante alusiones eruditas sin desarrollar nos parece en todo punto censurable. Como señalaba uno de los maestros de la disertación filosófica, Dreyfus Le Foyer: el imperativo es decir las cosas hasta el fondo o no decirlas, sacrificar la idea cuando no se la puede exponer de manera suficiente. La alusión erudita conduce inevitablemente a la pedantería, a la

oscuridad, a proceder mediante “guiños”, e lo que se abusa con demasiada frecuencia.

El olvido de las reglas formales de la disertación. Finalmente, entre los errores que hay que evitar, mencionamos el olvido e las reglas formales de cualquier composición: la ausencia de introducción, de desarrollo argumentado, de conclusión, la tendencia a redactar párrafos pastosos, compactos, sin separación, sin transición, constituyen otros tantos olvidos, lagunas, peligros.

¿Cómo escapar de este vicio de presentación? Mediante un aprendizaje metodológico referido al empleo de estas reglas: ejercitándose frecuentemente en la preparación y la redacción.

Por supuesto, hay otros peligros que amenazan al estudiante, como, por ejemplo, la creencia en la “primacía del contenido”. Nadie espera del estudiante un contenido definido, preciso, delimitado, en forma de juicios o de “opiniones” bien caracterizadas. Lo que cuenta en filosofía no es tener ésta o aquella “opinión”, sino organizar una reflexión personal que mantenga a distancia la “opinión”. La disertación filosófica designa una estrategia dinámica de búsqueda y, en absoluto, un conjunto de opiniones ni de juicios definidos.

Una vez que nos hemos alejado de estos peligros diversos, ¿qué principios de actuación deben regir la estrategia heurística y demostrativa y guiar el trabajo de preparación?

PRINCIPIOS DE ACTUACIÓN

Hay que mencionar, en primer lugar, la regla del análisis conceptual riguroso, sobre la que volveremos pormenorizadamente. Ella debe guiar el trabajo del estudiante. Muchos informadores de los tribunales apelan a dicha regla. Citemos, por ejemplo, las observaciones del tribunal examinador para el acceso al Instituto de Estudios Políticos de París (Tema: ¿Es justo definir la utopía como un sueño inútil?):

El error más común y más grave ha sido (...) el uso borroso y descuidado de los conceptos, particularmente del concepto central de utopía. El concepto de utopía ha sido generalmente ignorado, se lo ha confundido con la “quimera”, la “ensoñación”, la “ilusión”, el “mito”, el “ideal”, la “ideología”, la “ciencia ficción”, etc., viéndose degradado además por el uso corriente del adjetivo “utópico”.

Esta regla es, pues, imperativa: sin ella no hay disertación filosófica real. Pero el análisis conceptual debe hacerse también ordenadamente.

Principio de orden. Este principio deriva del análisis de los fundamentos filosóficos del método. Una disertación de filosofía debe ser la expresión y la manifestación de un orden: se trata siempre, como escribe Descartes, de introducir el orden en las cosas que no lo poseen naturalmente. ¿Cuál es el significado concreto del principio de orden en la disertación? Se debe efectuar un movimiento en una dirección determinada, conduciendo cada término y cada elemento, a través de una vinculación y una organización, progresiva y gradualmente, a otro término. La estrategia del orden conduce a ir de lo más simple y de lo inmediato a lo que es más complejo. Esta progresión de lo simple a lo complejo debe respetarse a cualquier precio y acompañarse de transiciones de uno a otro análisis y de una perspectiva a otra. Sin transiciones no se manifiesta ni orden, ni progreso, ni rigor. Estas transiciones deben expresarse con el mayor cuidado, ya se trata de vincular una frase con otra, un párrafo con otro o una parte con otra parte. La transición no tiene nada de anecdótico: remite a la estructura ordenada del conjunto del que es manifestación, estructura que estará ordenada por la idea organizadora que unifica todo, de principio a fin.

El principio de rigor es la otra cara del principio de orden. ¿Qué designa el rigor? El carácter de un razonamiento al que el espíritu no puede resistirse, acompañado de una gran severidad en la aplicación de las reglas.

La disertación filosófica se refiere, en efecto, a reglas coercitivas y debe desplegar un orden expresado según una lógica inflexible sin apelar a elementos ajenos al ámbito de partida. En dos palabras, debe ser rigurosa. No se trata de yuxtaponer puntos de vista de forma arbitraria, sino de avanzar según un encadenamiento lógico, justificando, de modo coherente, toda afirmación. Si un solo eslabón queda sin justificar, entonces el rigor se desvanece. No conviene, por tanto, amontonar los argumentos, sino operar según una lógica inmanente a todo el ejercicio, explicitando todos los presupuestos del proceso.

El pensamiento, lejos de ser vago y borroso, debe hacerse riguroso. El hecho de que el concepto filosófico no puede desplegarse del

mismo modo que el concepto científico, que funciona de manera específica, sin que su movimiento puede confundirse con el desarrollo del proceso matemático o científico, no significa en absoluto que no sea posible establecer ninguna distinción entre un pensamiento riguroso y uno difuso. Ciertamente, el concepto filosófico no depende de criterios comparables a los que operan en el campo científico, pero el principio de rigor sigue siendo fundamental en esta disciplina.

El rigor filosófico es de un tipo especial que ahora vamos a explicitar: en un rigor “cuestionador”.

Principio del “cuestionamiento”. En efecto, la disertación debe ser filosófica, es decir, fundarse en un “cuestionamiento” o un “asombro”. Este cuestionamiento, organizado, constituirá una parte de la problemática de la disertación. Si la disertación filosófica es más dogmática que cuestionadora, más que abierta y problematizadora, se está malinterpretando o negando uno de los principios esenciales en los que descansa.

“Los estudiantes, en general, preparan una disertación o una prueba escrita casi siempre memorística, y esto es un error. Las opiniones personales y las conexiones diacrónicas que se pueden realizar han de estar siempre fundamentadas en un conocimiento suficiente de la historia de la filosofía y los problemas tratados. Hay que evitar las opiniones personales sin que estén suficientemente argumentadas” (Izuzquiza. Pruebas de Selectividad. Madrid, Anaya, 2000)

2. LA PREPARACIÓN DE LA DISERTACIÓN

SENTIDO GLOBAL DE ESTA ETAPA

Una ética de la “desenvoltura” o del “don” podría ciertamente conducir a minimizar la importancia de esta etapa. Pero, en verdad, sin un itinerario preparatorio metódico, la problematización, núcleo de la disertación, se revela difícil o imposible. ¿Cuál es, en efecto, la finalidad fundamental de la preparación? Transmutar la pregunta en problema y construir la futura argumentación, organizada y rigurosa.

Gracias al trabajo preparatorio, se logrará descubrir el problema filosófico subyacente a la pregunta. El mismo problema permitirá organizar una estrategia de discusión. Una buena disertación supone una estrategia, un conjunto de conductas para llevar a buen término la discusión. Aquí, la estrategia consiste en plantear bien

los problemas y permitir aportar algunas respuestas no dogmáticas a las cuestiones y a los problemas. Las etapas preparatorias van a esbozar de este modo la argumentación final, coherente y organizada. Este trabajo permite escapar de la pobreza inicial del pensamiento, de las ideas convencionales, de los diversos estereotipos. Sin el rigor de la preparación, no podría conseguirse coherencia alguna.

Materiales para la reflexión

Para preparar la disertación, el estudiante tiene a su disposición múltiples bagajes teóricos que constituyen otras tantas vías de búsqueda y de análisis.

Los materiales de la “cultura general” auténtica.

Los materiales filosóficos propiamente dichos.

Pero, poseer materiales para la reflexión y tenerlos a nuestra disposición, evidentemente no es suficiente para llevar la preparación a buen puerto. Acerquémonos ahora al trabajo primero e inmediato, absolutamente decisivo: la lectura del tema.

La lectura del tema y la definición de los términos

Leer un tema es definir cada término de manera precisa en el contexto del enunciado, confeccionar una primera lista de conceptos vecinos, opuestos o en vinculación lógica con los conceptos considerados, sin descuidar nunca los diversos campos semánticos que pudieran esclarecer éste o aquel término o concepto.

Leer un tema consiste en:

- Delimitar las acepciones y significados precisos de los términos del enunciado, acepciones adaptadas a éste en su forma única e individual.
- Ser capaz de vincularlos unos con otros en un esfuerzo de unidad. La lectura del tema se distingue así en profundidad de un simple trabajo con el diccionario, ya que el sentido de cada término debe relacionarse con la unidad del enunciado.
- Estudiar algunos presupuestos o cosas sobreentendidas vinculadas con los términos del enunciado. En éste, sobre las “verdades especiales”, el presupuesto concierne a lo parcial, vislumbrado de entrada, en su limitación.

El postulado de toda esta fase: leer bien un tema es centrarse en él sin examinar nada que le sea ajeno.

De esta lectura analítica y sintética del enunciado surgen las vías para la búsqueda que permitirá, por consiguiente, emprender el cuestionamiento.

García Norro

Encuadrar el enunciado en un tema

La disertación pretende que el estudiante reflexione sobre un tema relativamente nuevo para él a partir de sus conocimientos y habilidades filosóficas. No se trata de que exponga un tema, o sea, de que reproduzca unos conocimientos memorizados, pero tampoco se pretende que no recurra en ningún caso a lo estudiado. Por consiguiente, la pregunta que constituye por lo habitual el enunciado de la disertación, probablemente nunca planteada en clase, será siempre fácil de encuadrar en alguno, casi siempre más de uno, de los temas estudiados durante el curso.

Al fin y al cabo, el enunciado de la disertación plantea un aspecto, una perspectiva, una aplicación concreta de una cuestión filosófica más amplia.

Situarlo en dicha cuestión orienta el resto de los pasos del método que se propone.

Aclaración de conceptos

Tras haberlo situado en una temática, a continuación nos hemos de fijar en las palabras que aparecen en el enunciado. Tenemos que preguntarnos qué quieren decir tales términos. Posiblemente poseen varios sentidos, uno corriente, otro científico, otro o varios filosóficos: Procuremos entonces separarlos, y definámoslos provisionalmente.

Si el enunciado fuese “¿Pueden las palabras detener la violencia?”, hemos de tener claro, al menos, qué sentido damos a los términos palabra y violencia.

Convendría que reflexionásemos que la palabra se distingue del grito (tal y como se expone en el comienzo de la Política de Aristóteles, donde distingue entre foné, voz común para los animales y el hombre, y logos, que cabría quizá traducir por palabra que es exclusiva de los seres humanos).

Convendría también reflexionar sobre cómo podemos entender la violencia. Si nuestra disertación tratará exclusivamente de la violencia física (una fuerza que se ejerce contra otra persona para lograr de ella una cierta conducta), o como parece razonable,

incluimos también en la noción de violencia que manejamos la amenaza de la violencia física, usualmente transmitida a través de la misma palabra, o si llegaremos asimismo a incluir una violencia moral y su correspondiente amenaza, entendiendo por tal el daño que podemos causar a otro ser humano sin llegar a golpearle, agarrarle, empujarle, etc.

A veces ser puesto en vergüenza duele más que recibir una bofetada. Convendría igualmente pararse un momento en el verbo detener.

A primera vista no plantea dificultades ni parece que sea un término clave en el enunciado. Sin embargo, pronto uno se percata de que detener sugiere al menos dos sentidos: anular, hacer desaparecer totalmente, o simplemente, diferir, retrasar. Igualmente, cabe entender el poder al que se refiere el enunciado limitado a una esfera ideal o ampliarlo hasta la esfera real, histórica, donde se desenvuelven los asuntos humanos.

Aclaración del problema expresado en el enunciado

El enunciado de la disertación plantea implícitamente un problema, relacionado con la cuestión propuesta explícitamente en él, pero no idéntico a ella. Es preciso desentrañarlo cuanto antes.

En el caso que nos está sirviendo de ejemplo el problema implícito es si la violencia puede ser evitada de algún modo no violento, o, si, por el contrario, está indisolublemente unida a la naturaleza humana, de forma que la violencia sólo se contiene con una violencia aún mayor.

Por lo general, no hay un único problema implicado en el enunciado. En estos casos, resulta útil desentrañar algunos de ellos. No es indispensable agotar todos los posibles.

Recopilación de posiciones en torno al problema

Seguimos todavía en la fase preparatoria, aún no hemos comenzado a escribir. Conviene en este momento de elaboración anotar posiciones posibles en torno a la cuestión planteada, esbozos de argumentos. Todavía no nos preocupamos por ordenarlos. Los apuntamos tal y como se nos van ocurriendo. Intentamos recordar posiciones filosóficas que conozcamos al respecto y también hechos concretos, históricos o vividos por nosotros mismos, que ilustren una posición positiva o negativa.

Así, podríamos tomar nota de que Weber recluye la violencia legítima en el Estado, que Marx reconoce que solo la violencia es capaz de transformar la historia, pues admite que sus escritos no lo conseguirán por sí solos, que los sofistas esgrimen discursos como

otros manejan floretes, que Levinas encuentra en la responsabilidad por el otro, suscitada por la aparición de su rostro, el fermento de la paz, etc.

Nuestra disertación no tiene que recoger, después, todas las posiciones filosóficas que en esta fase, de aporte de materiales, hemos recordado. Tomaremos sólo aquellas que encajen en el hilo argumentativo de la disertación.

Ordenación de las posiciones y argumentos

Como último paso previo a comenzar la redacción, ordenamos los ejemplos y argumentos recogidos en el punto anterior. La propia ordenación nos permitirá descubrir algún otro dato, argumento, perspectiva que se nos pasó por alto en el apartado anterior, al percatarnos de los huecos que hemos dejado en nuestra disposición.

Russ. EL RESULTADO FINAL DE LA PREPARACIÓN

De esta forma, se han recorrido todas las etapas y fases de la preparación. Si consideramos el material acumulado, veremos que es considerable. Definición de términos en sus vinculaciones e interacciones, inventario conceptual, sentido del enunciado, conjunto ordenado de preguntas, problema, asunto en juego, planteamiento dinámico de reflexión y, finalmente, conclusión no dogmática: todos estos complejos elementos se encuentran ahora a disposición del estudiante si quiere iniciar la redacción definitiva de la disertación.

Lo esencial del trabajo ya está hecho. Lejos de obedecer al azar y a los imprevistos de una búsqueda privada de forma, el estudiante puede ahora, por el contrario, hacerse con el dominio del enunciado, inicialmente, y con frecuencia, opaco.

CONCLUSION

Sin duda, el estudiante se habrá sorprendido, incluso conmocionado, por la elección aparentemente arbitraria de algunos elementos esenciales para la conducción de la disertación: problema, idea directriz, planteamiento, etc. Esta arbitrariedad aparente no es sino la manifestación de la libertad de la que el estudiante dispone para expresar sus ideas personales acerca de un enunciado filosófico. Pero no se puede hacer un buen uso de esta libertad más que respetando las reglas de coherencia, orden y rigor constitutivas del método de la disertación filosófica.

Russ. EL RESULTADO FINAL DE LA PREPARACIÓN

De esta forma, se han recorrido todas las etapas y fases de la preparación.

Si consideramos el material acumulado, veremos que es considerable.

- Definición de términos en sus vinculaciones e interacciones,
- inventario conceptual,
- sentido del enunciado,
- conjunto ordenado de preguntas,
- problema,
- asunto en juego,
- planteamiento dinámico de reflexión
- y, finalmente, conclusión no dogmática:

todos estos complejos elementos se encuentran ahora a disposición del estudiante si quiere iniciar la redacción definitiva de la disertación.

Lo esencial del trabajo ya está hecho.

Lejos de obedecer al azar y a los imprevistos de una búsqueda privada de forma, el estudiante puede ahora, por el contrario, hacerse con el dominio del enunciado, inicialmente, y con frecuencia, opaco.

CONCLUSION

Sin duda, el estudiante se habrá sorprendido, incluso conmocionado, por la elección aparentemente arbitraria de algunos elementos esenciales para la conducción de la disertación: problema, idea directriz, planteamiento, etc.

Esta arbitrariedad aparente no es sino la manifestación de la libertad de la que el estudiante dispone para expresar sus ideas personales acerca de un enunciado filosófico.

Pero no se puede hacer un buen uso de esta libertad más que respetando las reglas de coherencia, orden y rigor constitutivas del método de la disertación filosófica.